

CHARLOTTE BETTS

El aroma de las
Especcias

Traducción:

CARLOS MILLA E ISABEL FERRER



MAEVA

Capítulo 1

Londres, agosto de 1666

Ese había sido un verano muy caluroso, sin apenas lluvias que se llevaran el polvo y el hedor, y no era yo la única que deseaba su final. En la ciudad, seca como la yesca, el calor era extremo, y lo único que uno podía hacer era buscar una sombra y quedarse allí, muy quieto, esperando.

Mi suegra, la señora Finche, una mujer regordeta de una belleza ya marchita, conversaba desganadamente con sus dos amigas sobre el reciente brote de peste en una botica de Fleet Street y sobre las escandalosas actividades del país vecino, la Francia católica. A nuestros pies, desparramadas sobre la alfombra turca, teníamos sedosas muestras de damasco que nos había dejado el pañero para que las examináramos. Eran burdeos, morado, amarillo limón y azul marino, todas ellas posibles opciones para revestir las paredes del salón.

En la ventana, una mosca emitía un irritante zumbido, y en la lánguida brisa flotaban los fétidos efluvios de las cloacas propios del verano, junto con un tufillo a pescado podrido procedente del cercano mercado de Billingsgate. Fuera, el implacable retumbo del tráfico rodado y peatonal sobre los adoquines de Lombard Street me producía dentera.

Sufría una de esas jaquecas inducidas por el sofoco que no me aliviaba siquiera el aceite de lavanda, y la conversación fluía en torno a mí como el movimiento de las olas de un mar de aguas tibias. Deseosa de escapar del bochornoso salón, me dejé llevar por la arraigada fantasía de que era señora de mi

propia casa. Y tras muchos años de desdicha y soledad, pronto mi deseo podía hacerse realidad por fin.

—¿Katherine? —La señora Finche me tocó la mano para captar mi atención. Dirigiéndose a la señora Spalding, dijo—: Vaya una soñadora está hecha la mujer de mi hijo.

La señora Spalding se abanicaba las mejillas sonrojadas, propagando por toda la sala un olor a sudor rancio.

—¿Quién puede echárselo en cara? Este calor espantoso es agotador.

La señora Finche acarició el damasco morado.

—Este es exquisito, ¿no os parece? —reflexionó.

—¿No será demasiado oscuro? —me aventuré a decir.

—Tonterías —repuso ella—. La duquesa de Lauderdale, una dama de un gusto excelente, tiene damasco precisamente de este color. Además, añadiré flecos de color amarillo.

—No sabes la envidia que me darás —dijo la señora Buckley.

—Asunto zanjado, pues —declaró la señora Finche, rebosante de satisfacción.

Mientras las damas chismorreaban, el tictac del reloj de la repisa de la chimenea medía los segundos con la regularidad de los latidos de un corazón en reposo. ¿Cuántas horas de mi vida había pasado en casas ajenas esperando y escuchando el tictac de un reloj?, me pregunté. ¿Cuándo acabaría eso? No podía decirse que los padres de mi marido fuesen desconsiderados conmigo, pero eran casi unos desconocidos para mí, y yo había vivido en el limbo con ellos durante lo que se me antojaba ya una eternidad. Mi marido había estado ausente seis de los siete meses que llevábamos casados.

Me acerqué a la ventana y apoyé la frente dolorida en el marco. Después de limpiar el polvo de la ciudad acumulado en el cristal, observé a la gente de la calle moverse tan despacio como la melaza en invierno, arrimada a las paredes para eludir el sol. Advertí que el perro negro estaba allí otra vez; husmeaba en la inmundicia del albañal.

Bessie entró con el té en una bandeja tintineante. Percibí el olor a grasa de la cocina en su pelo estropajoso y vi medias

lunas de sudor bajo sus axilas cuando colocaba cansinamente en la mesa la tetera de plata, las cucharas, las delicadas tazas de porcelana y una tarta de jengibre con gotas de miel.

La señora Finche inició el ritual de contar las costosas hojas de té y verter el agua caliente. Como esposa de un próspero comerciante, enseguida había adoptado la moda de organizar reuniones para tomar el té, costumbre traída de Portugal por la reina. La señora Finche siempre buscaba nuevas maneras de impresionar a sus amigas ricas.

—Un niño de la calle ha traído una nota —anunció Bessie, y sacó una hoja de papel doblada del bolsillo.

La señora Finche tendió la mano.

Bessie movió la cabeza en un gesto de negación.

—Es para la esposa del señor Robert.

—¿Para mí? —Yo no tenía amigos ni familiares que me enviaran notas. Desplegué el papel, y la sangre me subió de pronto a las mejillas. El *Rosa de Constantinopla* acababa de atracar, y mi larga espera tocaba a su fin.

En un susurro me disculpé ante la señora Finche y sus amigas, me escabullí del salón y corrí escalera abajo antes de que ella pudiera impedírmelo. Después de seis meses en el extranjero, por fin mi marido volvía a mi lado. Ese marido a quien apenas conocía me producía un gran nerviosismo, una mezcla de temor y emoción. Él era mi vía de acceso a todo: a una casa propia y a la familia que anhelaba desde que, al quedar huérfana, me enviaron a vivir con la abominable tía Mercy.

Un calor agobiante se elevaba del suelo y palpitaba en las paredes de los edificios de Lombard Street cuando recorrí la calle apresuradamente. Montículos de apestoso barro y basura cubiertos de moscas obstruían el lento riachuelo que corría por los albañales centrales e impedían que el agua se llevara los detritos de las calles. Levantaba con los pies pequeñas nubes de polvo, que me manchaban el dobladillo de la falda.

Me detuve a un lado de la calle para dejar paso a un carro-mato cargado a rebosar. En ese momento vi a un hombre salir de entre las sombras al otro lado de la calzada y adentrarse en

la intensa luz del sol. Tocado con sombrero de plumas y vestido con una casaca de faldón completo de color verde mar que dejaba a la vista las cascadas de encaje blanco de la camisa, se lo veía tan fresco como un torrente de montaña. Llevaba un bastón con empuñadura de plata en una mano y un recargado frasco de cristal bien sujeto en la otra. Caminaba despacio, lo cual no era raro con semejante calor, pero se advertía algo extraño en su andar un tanto vacilante y en la manera de mover el bastón, trazando cortos arcos antes de cada paso.

Ocurrió todo tan deprisa que más tarde me costó recordar la secuencia exacta de los acontecimientos. Vi al hombre detenerse de pronto y ladear la cabeza como si aguzara el oído. Acto seguido, oí el estruendo de las ruedas de un coche acercarse rápidamente. Muy rápidamente.

De repente aparecieron dos caballos negros al galope. Sus cascos levantaban chispas en los adoquines y el coche del que tiraban se bamboleaba descontroladamente. El cochero, aferrado al techo, intentaba sofrenar a los corceles desbocados, perseguidos por una jauría de perros callejeros que gruñían y les lanzaban dentelladas en los corvejones.

El hombre de la casaca verde se hallaba justo en la trayectoria del coche.

—¡Cuidado! —grité, horrorizada. Creí que se apartaría de un salto, pero dio la impresión de que estaba paralizado. Crucé la calle como una flecha, extendí los brazos y me abalancé contra su pecho. Tras una indecorosa caída, quedó desmadejado en el suelo.

Una ráfaga de aire impregnado de olor a caballo me agitó el cabello cuando los animales, salpicados de espumarajos y con los ojos en blanco, pasaron atronadoramente en medio de un remolino de polvo.

Ahogando una exclamación, me llevé el puño al pecho.

El hombre se levantaba ya del suelo. Se le había manchado la elegante casaca de brocado y tenía ennegrecida la puntilla blanca de los puños a causa del polvo. Un hilillo de sangre descendía por su agraciado rostro.

–Tengo sobrados motivos para daros las gracias –dijo con una voz de timbre grave y suave.

Advertí que era muy alto: algo más de metro ochenta, calculé. En ese momento percibí el asomo de un perfume sugerente que flotaba en el aire bochornoso, tentándome con la promesa de un fresco día de primavera al aire libre. Una mancha oscura se había propagado por el suelo entre nosotros, y las esquirlas del cristal roto destellaban bajo el sol como diamantes.

–Se os ha roto el frasco –dije.

El hombre se echó atrás el espeso cabello rubio con los dedos, un poco temblorosos, pero mantuvo una expresión impasible.

Cuando me agaché a recoger su sombrero de ala ancha, olí de nuevo el delicioso perfume. Denso y dulce, me llevó a evocar un aroma de violetas empapadas por la lluvia en la orilla musgosa de un río.

–¿Era perfume lo que contenía ese frasco?

–Sí.

–Es delicioso.

Tenía los ojos de un color verde claro poco común, pero no me miraba a la cara. Sentí un amago de irritación por su descortesía y me pregunté si era por vanidad que llevaba una casaca tan exactamente a juego con el color de sus ojos.

–Me temo que mi clienta se llevará una decepción –dijo–. Iba a Bishopsgate a entregarlo. –Inclinó la cabeza–. Gabriel Harte, perfumero, para serviros, ¿señorita...?

–Señora Finche. Katherine Finche.

–¿Finche? ¿Los Finche de Lombard Street, los mercaderes de especias?

–Los mismos. –Le tendí el sombrero, pero no hizo caso. Sorprendida, con el sombrero en la mano, me sentí como una tonta.

–Se me ha caído el bastón –dijo–. ¿Seríais tan amable de buscármelo?

Molesta al ver que no hacía el menor intento de buscarlo él mismo, miré alrededor y vi el bastón en el suelo a unos pasos

de distancia. Tampoco esta vez hizo ademán de cogerlo de mi mano.

–¡Vuestro bastón, caballero!

–Gracias. –Lentamente, tendió el brazo hacia mí y movió la mano de derecha a izquierda hasta tocar el bastón.

Fue entonces cuando comprendí que era ciego.

Debió de oírme tomar aire profundamente, porque esbozó una media sonrisa.

–Me habría visto en un verdadero aprieto si no hubieseis acudido en mi rescate.

Arrepentida de mi anterior irritación, contesté:

–Y también tengo vuestro sombrero. –Le rocé el dorso de la mano con él, y lo cogió–. Tenéis sangre en la mejilla. ¿Os la limpio?

–Si fuerais tan amable...

Un poco abochornada ante tal cercanía con un desconocido, y más con uno tan apuesto, me puse de puntillas y tendí la mano para limpiarle el rostro recién afeitado con mi pañuelo. Su piel despedía un agradable aroma a bálsamo de limón y romero.

Resultaba extraño mirarlo desde tan cerca, a sabiendas de que él no me veía a mí.

–Os habéis librado por poco –dije–. Cuando he visto que los caballos venían a toda velocidad hacia vos, he temido lo peor.

–Tal vez también yo me habría asustado si los hubiera visto. –Desplegó otra sonrisa, esta vez más amplia, como si hubiera hecho un comentario gracioso.

–¿Puedo acompañaros a algún sitio? –me ofrecí.

La sonrisa quedó helada en sus labios.

–Gracias, pero no.

–Estáis conmocionado...

–Puedo volver a mi casa en Covent Garden sin el menor problema, gracias.

–¡Pero eso está en la otra punta de la ciudad!

–¡Pues sí, así es! –exclamó con tono risueño–. Pero llevo cruzando la ciudad sin más ayuda que mi bastón desde hace

muchos años. Gracias por vuestra gentileza, señora Finche. –Inclinó la cabeza y, moviendo el bastón con cuidado ante sí a uno y otro lado, se puso en marcha. De pronto se detuvo y se volvió de nuevo hacia mí—. ¿Señora Finche?

–¿Sí, caballero?

Titubeó.

–¿Podrías describirme vuestro aspecto?

–¿Mi aspecto? –Fruñí el entrecejo.

–Disculpad. Por vuestra voz deduzco que sois joven y, como vuestros pasos son ligeros y rápidos, sé que sois menuda y delgada, pero desearía conocer los colores de vuestro cabello y vuestra piel.

Lo miré fijamente, pero su semblante no delató nada. No parecía una petición impertinente.

–Veréis, caballero, tengo el pelo oscuro, los ojos de color avellana y la piel clara.

Sus ojos ciegos miraron a lo lejos por encima de mi hombro.

–Gracias –dijo—. Creo que ahora ya tengo una imagen de vos. –Al cabo de un momento asintió con la cabeza en un gesto concluyente—. Y espero que se os pase pronto la jaqueca.

¿Cómo sabía que yo tenía jaqueca? Perpleja, me quedé en medio de aquella nube de aire impregnada de aroma a violeta y lo observé hasta que su esbelta figura desapareció entre el gentío.

En cuanto se fue, me guardé en el bolsillo el pañuelo arrugado y encontré allí la nota de mi suegro, el señor Finche, que me recordó de pronto el asunto que tenía entre manos.

Al apretar el paso Fish Hill abajo, sentí un ligerísimo soplo de brisa, que aumentó cuando me adentré en el bullicio y ajetreo de Thames Street. Rodeé un carromato cuyo cochero estaba enzarzado en un ruidoso altercado con el dueño de una carreta cargada de tablones. Zarandeada por marineros, carboneros y abaceros, en medio de aquel rumor de conversaciones en distintas lenguas salpicado por los chillidos lastimeros de las gaviotas, atajé por uno de los callejones hacia

el Muelle de la Torre, desde donde se veía el tramo oriental del río.

Empezaba a subir la marea y el río estaba a rebosar de botes, barcazas y gabarras que transportaban pasajeros desde Gravesend hasta la ciudad. Una brisa salitrosa de levante refrescaba el aire. Había varios barcos atracados, y dejé atrás rápidamente la aduana para doblar por Wiggins Key. El corazón me dio un vuelco cuando vi el *Rosa de Constantinopla*, imponente ante mí. Los marineros iban y venían a toda prisa por las pasarelas con cestas de género al hombro, y las velas plegadas y la bandera en el palo mayor batían al viento.

Tal era mi expectación que, aturdida, me quedé inmóvil en el muelle y, llevándome la mano a los ojos entornados para protegerlos del sol, escruté el *Rosa* en un intento de localizar a Robert en medio de aquel barullo. Como no lo vi, me encaminé hacia el almacén del señor Finche procurando no tropezar con las cuerdas enrolladas que serpenteaban por el muelle.

Matthew Lunt, el escribiente, acudió a recibirme.

—¿Está el señor Finche?

Matthew se enjugó la cara pecosa con un pañuelo y señaló el despacho con la cabeza.

Me asomé a la puerta abierta y vi a mi suegro sentado tras su escritorio. Se había quitado la peluca, depositada ahora en lo alto del globo terráqueo.

Con el rostro lustroso y sonrojado por el calor, me miró.

—¡Katherine, querida!

—Gracias por avisarme de la llegada del *Rosa de Constantinopla*.

—Sabía que estarías impaciente por ver a tu marido.

Me miré los zapatos a la vez que intentaba recordar el rostro de Robert.

—Como esposa de un comerciante, tendrás que acostumbrarte a sus largas ausencias —dijo—. Pero no tardarás en tener hijos que te mantengan ocupada.

Sentí asomar el rubor a mis mejillas.

El señor Finche desplegó una benévola sonrisa al percibir mi bochorno.

—En cuanto mi mujer tuvo que ocuparse de Robert y Sarah, los meses que yo estaba de viaje empezaron a pasársele volando. Ella adoraba a nuestros hijos. Es una lástima que ya no se avenga con Sarah. —Suspiró—. Para ser te sincero, echaré de menos los tiempos en que viajaba. No las travesías por mar, quizá, pero sí las visitas a tierras y pueblos extraños y la emoción de descubrir nuevas mercancías exóticas.

—Tengo muchas ganas de oír las aventuras de Robert —dije. El señor Finche se inclinó en actitud de complicidad.

—No se lo digas a mi mujer, pero he asumido un gran riesgo en esta última empresa.

—¿Un riesgo?

—Por lo general, pecho de cauto, pero esta vez invertí hasta el último penique de mis propios fondos, así como tu dote, y convencí a todos mis amigos y allegados para que invirtieran en esta operación. En cuanto se venda todo el género, dejaré el negocio en manos de Robert. Ya es hora de dar paso a la juventud y la energía. —El señor Finche me dio unas palmadas en la mano—. Y ahora vete a casa, querida. Robert sigue a bordo supervisando la descarga.

—¡Ah! Pero...

—No querrá que lo interrumpan ahora, pero volveremos a casa a tiempo para la cena.

Con un sentimiento de decepción pero también de alivio ante la idea de aplazar el reencuentro con Robert, regresé a la casa de los Finche.

Un gran sol anaranjado empezaba a ocultarse por detrás de la catedral de San Pablo cuando oí voces abajo. La señora Finche y yo llevábamos horas sentadas en el salón, escuchando el tictac del reloj y matando el tiempo con nuestras labores. Me había cambiado tres veces de vestido y dos

veces de medias. Me había empolvado la nariz, pero no necesitaba papel de cochinilla española para dar realce a mis mejillas.

Con la boca seca, oí las cadencias de la voz de mi marido mientras subía por la escalera.

Se abrió la puerta.

El señor Finche entró a zancadas, seguido de la robusta silueta de Robert, y las estridentes risas de ambos resonaron en el elegante salón.

—¡Aquí lo tienes, querida Katherine! —exclamó el señor Finche con una amplia sonrisa.

La señora Finche corrió a abrazar a su hijo y le sonrió con una ternura en los ojos que yo no veía desde la marcha de Robert.

—Bienvenido a casa, querido mío.

Robert y yo, nerviosos, cruzamos una mirada. Recordé entonces el trazo de su mandíbula, y el mentón, como el de su padre pero más afilado. Se le había oscurecido la piel y aclarado un poco el cabello castaño a causa del sol turco. Me examinó con sus tranquilos ojos grises, y yo, incómoda, tomé conciencia de que probablemente tampoco él debía de acordarse mucho de mí. De pronto sonrió. Tenía una pequeña mella en el borde de un diente, pero el blanco de su dentadura resaltaba en contraste con la piel morena.

—Katherine.

Al besarme, me arañó la mejilla con la barba, y percibí en él el tufo a humo, brea y sudor, por encima del penetrante olor a salitre del mar.

—Bienvenido a casa, Robert. —Vi que llevaba dos paquetes bajo el brazo y me pregunté qué podía ser—. ¿Cómo ha ido el viaje? ¿Os habéis cruzado con algún pirata?

—Ninguno al que no pudiéramos ahuyentar de un cañonazo por encima de la popa.

Me estremecí al pensarlo.

—¿Y el *Rosa de Constantinopla*? —pregunté, esperanzada y expectante.

—La bodega está repleta hasta los topes —contestó el señor Finche con satisfacción—. Y Robert ha traído una mercancía excelente.

Sentí aflojarse un nudo de tensión en algún lugar de mi pecho. La calidad del género que Robert había adquirido con mi dote determinaría nuestro futuro.

Robert me entregó uno de los paquetes.

—Esto es para ti, Katherine.

Lo desenvolví, y cayó al suelo una pieza de seda reluciente. Con una exclamación de placer, recogí el escurridizo tejido. Diminutos pavos reales bordados en hilo de oro adornaban la seda que, por el efecto tornasol, se veía de color topacio cuando se sostenía en una posición y verde musgo cuando seladeaba.

—Es preciosa —musité.

—La elegí a juego con tus ojos —dijo Robert.

Esbocé una sonrisa vacilante, y él me sonrió también.

—Y a ti, madre, te he traído esto —anunció él.

La señora Finche extendió su pieza de seda azul noche y, con sonoras exclamaciones de placer, dio un beso a su hijo.

—¿Cenamos ya? —propuso el señor Finche.

Observé a Robert mientras comía fiambre y pan; en su cuchillo se reflejaban, con destellos dorados, los últimos rayos oblicuos del sol que entraban por la ventana. Muy animado, contaba anécdotas de su viaje.

—Si pensáis que aquí en la ciudad hace calor, deberíais haber estado conmigo en Alepo. O en Esmirna. Allí un hombre con la cabeza expuesta al sol puede enloquecer. En Constantinopla adquiriré la costumbre de vestir túnicas turcas, como los nativos, y descubrí que eran muy útiles. Tal vez debería adoptar esa manera de vestir aquí mientras siga haciendo este calor —comentó en broma.

—¡Menudo revuelo causarías en la iglesia el domingo! —exclamó la señora Finche entre carcajadas.

–Te he traído pasas de Damasco y nuez moscada para nuestros pudines y cuero marroquí para tapizar la butaca en la que fuma padre.

–Y el resto de la mercancía... –me aventuré a decir.

–¡No temas! –dijo el señor Finche–. He examinado muy detenidamente todas las adquisiciones de Robert. Tu dote se ha gastado bien y no tardarás mucho en empezar a ver los beneficios de nuestra inversión.

–¿Y eso cuándo será?

–¡Qué impaciente! –exclamó el señor Finche, y una sonrisa asomó a sus ojos grises–. ¿Tanto te han pesado los meses que has pasado aquí?

–¡Claro que no! Habéis sido la amabilidad en persona...

–Ya, bueno, aún recuerdo la urgencia de mi mujer por marcharse de la casa de mi padre y establecerse en la suya propia cuando estábamos recién casados.

–No hay ninguna prisa para que Robert y Katherine se instalen por su cuenta –intervino la señora Finche–. Robert acaba de volver junto a nosotros y deseamos disfrutar de su compañía durante un tiempo antes de que piense en un nuevo hogar.

Posé la mirada en la mesa para que ella no advirtiera en mis ojos una repentina animadversión. Mi mayor anhelo era tener mi propio hogar.

–En todo caso –observó el señor Finche– habrá que tener guardado el género en el almacén un tiempo y venderlo poco a poco para no saturar el mercado.

Sentí un nudo en la garganta. *¿Durante cuánto tiempo?*

–¡No te lo tomes así, Katherine! –El señor Finche apoyó una pesada mano en la mía–. Podéis empezar a buscar una casa de alquiler. Y cuando encontréis un sitio adecuado, os compraré los muebles para ayudaros a empezar.

–¡Gracias! –Le di un beso en la mejilla sudorosa y él volvió a darme unas palmadas en la mano.

–¡Qué días tan felices nos aguardan! –dijo–. El almacén está a reborar de las mercancías más selectas: sedas, nuez moscada, canela, clavo, pimienta y añil. Nunca me quedo tranquilo hasta

que el barco llega sano y salvo al muelle. Pero se acabaron ya las pesadillas de repentinas tormentas, naufragios y piratas que me han atormentado durante las últimas semanas.

Robert dejó escapar un gran bostezo.

–Ha sido una jornada muy larga para mí y la tierra se mueve aún bajo mis pies. –Me miró de soslayo–. Pero esta noche dormiré en mi propia cama.

–¿Por qué no te retiras temprano? –preguntó el señor Finche con una media sonrisa–. Tu mujer y tú debéis de tener muchas cosas de que hablar.

Sentí una llamarada en el rostro y fui incapaz de mirarlo. De pronto no quería quedarme a solas con el desconocido que era mi marido.

Robert recogió nuestras copas de vino y besó a su madre.

–Buenas noches, madre. Me alegro de estar en casa.

–Es maravilloso tenerte aquí otra vez. –Le dio unas palmadas en la mejilla.

–Buenas noches –dije, y abandoné el comedor tras los pasos de Robert.

Al lanzar una ojeada atrás por la puerta abierta, vi al señor Finche cruzar una sonrisa de complicidad con su mujer.

Arriba, la criada había dejado una jarra de agua caliente, y Robert se quitó la camisa y se lavó; entretanto yo me desvestí detrás del biombo.

Mientras me ataba torpemente las cintas del camisón, respiré hondo para serenarme. Habíamos consumado el matrimonio en nuestra noche de bodas, pero el mes de preparativos anterior al viaje de Robert había sido de gran ajetreo y no habíamos dispuesto de mucho tiempo para aprender a conocernos. Ignorante de las cosas de la vida y sin los consejos de una madre, el deber conyugal en cierto modo me había sorprendido, pero no me había resultado desagradable.

–¡Katherine! –exclamó Robert.

Me até las cintas y luego me las aflojé. A continuación me arreglé los bucles en torno a los hombros. No me engañaba pensando que ese era un matrimonio por amor. Los Finche

habían estado buscando una novia con una buena dote que les permitiese ampliar el negocio, y cuando el representante de la tía Mercy hizo discretas indagaciones en la ciudad, acordaron gustosamente un encuentro. Por mi parte, habría aceptado a un enano jorobado y bizco con tal de huir de mi penosa existencia enclaustrada en la triste casa de mi tía Mercy en Kingston.

–¡Katherine! –volvió a llamarme Robert.

Lentamente, abandoné el refugio del biombo.

Tendido en la cama, me miraba.

–Ven a acostarte –susurró.

Capítulo 2

A la mañana siguiente desperté temprano y encontré a Robert con los brazos y las piernas extendidos en la cama. Me acodé en el colchón y lo observé, aprovechando que no me veía. Respiraba con resoplidos regulares y contraía ligeramente una de sus manos bronceadas. Una sombra de barba le oscurecía el mentón. Un rostro agradable pero corriente, ni atractivo ni feo.

El sol empezó a entrar a través de los postigos y las campanas de la iglesia dieron la hora.

Robert respiró hondo y se movió. Posó los ojos en mí sin centrar la mirada.

–Buenos días, Robert. –Lo ocurrido entre nosotros la noche anterior había sido en la oscuridad, y ahora, a la luz del día, me sentía incapaz de mirarlo a los ojos.

Dejó escapar un gran bostezo, se incorporó y se rascó el erizado vello del mentón.

–No pasamos mucho tiempo juntos antes de mi marcha, ¿verdad?

Moví la cabeza en un gesto de negación.

–Hubo noches en que, tendido en un lecho en cubierta, contemplando las estrellas, pensaba en ti y no me acordaba de tu cara. Eso me inquietaba.

–¡A mí me pasaba lo mismo!

Me besó la mano.

–Eso cambiará ahora que he vuelto.

La tensión de los últimos meses empezó a disiparse un poco y le sonreí.

—¿Por qué no vienes a verme al almacén esta tarde, Katherine?

—Me encantaría.

Después de comer, mientras la señora Finche descansaba, partí hacia el almacén. El calor me asaltó en cuanto abrí la puerta de la calle. El perro negro, tumbado otra vez en el portal, se roía el anca. Pasé a su lado y esquivé la basura apestosa de nuestros vecinos, dejada allí para que la recogiera el basurero. En la calle, más adelante, se veía en el suelo una mancha untuosa allí donde se había roto el frasco de perfume. No supe bien si lo imaginé o no, pero me pareció percibir aún un vestigio de aroma a violeta en el aire, pese al imperante hedor a verdura descompuesta. Fugazmente, me pregunté si el apuesto señor Harte habría llegado sano y salvo a Covent Garden. ¿Y cómo había sabido que yo tenía jaqueca?

Cuando llegué al almacén, encontré a Robert con la cabeza inclinada sobre el escritorio.

—¿Te interrumpo? —susurré.

Él me lanzó una mirada.

—Estaba anotando las últimas entradas de género nuevo. ¿Quieres ver la mercancía?

Me agarró del brazo y, con una llave, abrió la puerta del despacho que daba al almacén.

El espacio oscuro y amplio se elevaba a gran altura, pero lo que me abrumó fue el aroma dulce y acre de la nuez moscada y el clavo, tan intenso que sentí un cosquilleo en la nariz.

Aunque entraban estrechas cintas de luz por los postigos de madera del techo, las sombras dominaban el almacén. Estanterías repletas de cajas y pilas de tela cubrían las paredes. Había precarias escaleras apoyadas en ellas y de las vigas colgaban redes llenas de mercancías. En el centro del almacén se alzaban los barriles amontonados hasta la altura de un hombre, separados por estrechos pasadizos. El suelo de tierra apisonada amortiguaba curiosamente nuestros pasos,

como si la estructura misma del edificio absorbiese todos los sonidos.

–Con un techo tan alto, esto parece una iglesia –susurré–. Y las especias huelen a incienso.

–No es necesario que hables en voz baja –dijo Robert.

–¿Todo este género es nuestro?

–Mi padre alquila parte del espacio de almacén a un abacero, que guarda aquí sus tablones y su brea. Comerciamos con especias y pasas de Damasco, pero también puede ganarse dinero importando seda, tela de algodón y diversas curiosidades.

Contemplé la gran cantidad de género.

–¿Tú has traído todo esto?

–Parte de las existencias llevan aquí unos años, en espera del momento idóneo para subastarlas al mejor postor. He comprado un excelente cuero marroquí, de la mejor calidad, muy suave, pero no lo venderé todavía. Serán una inversión para nuestro futuro. –Robert se llevó una mano al interior de la chaqueta y sacó una llave–. Y ahora vamos a ir a Mincing Lane. Un conocido de mi padre tiene allí una casa en alquiler, y le he pedido la llave.

No pude contener un chillido de placer, y Robert se echó a reír.

Mincing Lane estaba a tiro de piedra de los muelles y a una distancia razonable del almacén. Contemplamos la casa desde la calle, un edificio antiguo de tres pisos con parte del armazón de madera y la primera y la segunda planta en voladizo. El tejado era nuevo y las ventanas se hallaban en buen estado.

El corazón me resonó como un tambor ante la perspectiva de disfrutar tan pronto de mi propia casa.

Robert abrió la puerta y entré detrás de él. En la planta baja había una cocina muy práctica y una despensa, varios cuartos de almacenamiento y una bodega. Una escalera estrecha

conducía al primer piso, donde estaban el salón y el comedor, revestidos de roble, cada uno con su propia chimenea. Deslicé el dedo por la madera brillantada y abrí la ventana del fondo, con cuarterones en forma de rombo.

–¡Robert! –exclamé–. Hay un jardín.

Se acercó y miró por encima de mi hombro.

–Mira ese viejo manzano, está colmado de fruta.

En el último piso había una alcoba grande y dos pequeñas. El techo estaba inclinado y había que andarse con cuidado para no golpearse la cabeza con las vigas del techo, pero me encantó.

–¿Qué te parece, Katherine?

–¡Es perfecta! –Imaginé una cama con dosel bordado, mullidas alfombras sobre el entarimado de olmo y un armario de madera labrada para nuestra ropa. Deseé con desesperación convertir aquella casa en nuestro hogar.

Robert tenía una expresión dubitativa.

–No es muy grande; desde luego, no tanto como las casas a las que estamos acostumbrados.

–¡Pero es acogedora! –exclamé. No lo habría soportado si a Robert no le hubiera parecido bien–. Y está a un paso del almacén. –Contuve la respiración.

–Al menos hay tres alcobas. Podríamos tener una criada y aún quedaría otra habitación para los niños.

Fue como si me hubiese leído el pensamiento.

–Robert, no te imaginas lo mucho que he deseado tener mi propia casa. Vivir con la tía Mercy era... –Tragué saliva. ¿Cómo podía expresar con palabras la infelicidad de mi vida anterior bajo la tutela de una mujer que me detestaba?

–Era ¿qué?

–Allí no había risas ni sol –respondí lentamente–. No hacía más que estudiar el catecismo en silencio durante horas y horas. O recibía palizas por cualquier falta imaginada, o me castigaban a quedarme en mi alcoba durante días y días. –Con un estremecimiento, me acordé de la vara de abedul de la tía Mercy. Aún veía las finas marcas blancas en mis nalgas por sus

desenfrenadas azotainas—. Ansío tener mi propia familia. Quiero que llegemos a ser una familia tan feliz como la que perdí.

Ahí estaba; ya le había revelado mi deseo más íntimo. Temiendo haber hablado demasiado, fijé la mirada en él.

—¿Tan desdichada fuiste de niña?

Asentí, y el estómago se me revolvió solo de recordarlo.

Me levantó la barbilla y me besó los labios.

—Te daré muchos hijos, si eso ha de hacerte feliz.

—¡Claro que me hará feliz!

Robert deslizó las manos por mi espalda y después me rodeó la estrecha cintura.

—Es una lástima que aquí no haya una cama. Podríamos ir en busca del primer niño ahora mismo.

—¡Robert! —Lo aparté, escandalizada, pero si en ese momento hubiese habido una cama cerca, no lo habría rechazado. Puede que nuestro matrimonio no fuese un enlace por amor, pero de repente yo rebosaba confianza en nuestro porvenir.

Al cabo de un rato dejé a Robert en su despacho y, con un sinfín de ideas para los bordados de las colgaduras del dosel y los cojines de nuestra futura casa, recorrí de nuevo las calles calurosas y polvorientas hasta Lombard Street.

La señora Finche me esperaba en el salón.

—Robert me ha pedido que fuera a verlo al almacén y luego... —No pude contenerme—. Me ha llevado a ver una casa en Mincing Lane.

—¿Una casa?

—Sí. Hemos decidido alquilarla.

—¡Pero habíamos acordado que os quedaríais aquí por un tiempo!

—A Robert le ha gustado la casa. —Consideré más sensato no decir lo mucho que me encantaba a mí.

—Pues en ese caso iré a verla para decidir si es adecuada.

—Se ajusta perfectamente a nuestras necesidades —afirmé, sorprendida de la firmeza de mi voz. A lo largo de los años había aprendido a no discutir nunca con la tía Mercy. Es difícil

desprenderse de los antiguos hábitos, pero esa casa era muy importante para mí y no estaba dispuesta a ceder ante los caprichos de nadie.

La señora Finche suspiró.

–Mañana haremos una visita a la Real Lonja. En una de las tiendas tenían un papel pintado precioso, que podría ir bien en tu salón.

Me invadió un sentimiento de seguridad en mí misma. Nunca antes me había atrevido a expresar mis deseos tan claramente y me sorprendió la facilidad con que mi suegra lo había aceptado. No obstante, me limité a sonreír dócilmente y dije:

–Gracias.

Llamaron a la puerta de la calle con sonoros golpes.

Los firmes pasos de Bessie ascendieron por la escalera y la puerta se abrió con un chirrido.

–Viene a verla un caballero –me anunció.

–¿Un caballero? –preguntó mi suegra, y me lanzó una mirada penetrante–. ¿A mi nuera?

–El señor Harte –respondió Bessie.

Poco después el señor Harte apareció en la puerta y de nuevo me llamó la atención su elegante atuendo.

–Señor Harte –saludé, y me puse en pie–. Permítame presentarle a la madre de mi marido, la señora Finche.

–Katherine me contó que estuvo a punto de atropellaros un coche con los caballos desbocados –dijo la señora Finche–. Tomad asiento, por favor.

Él vaciló por un momento, y yo le toqué ligeramente la manga.

–Tenéis una butaca delante, a unos pasos –indicué.

Barriendo el espacio con el bastón, localizó la butaca, se sentó y cruzó las piernas. Observé que llevaba medias de seda de color crema y unos modernos zapatos de tacón rojos con llamativas hebillas plateadas.

–¿Ya os habéis recuperado del todo? –preguntó la señora Finche.

–Sí, totalmente, gracias. –Se llevó la mano al interior de la casaca, esta vez de color beige claro con un atrevido forro escarlata, y extrajo un frasco—. He traído esto para la joven señora Finche por su gentileza.

El bonito frasco era de cristal verde claro y un lazo de satén blanco decoraba el estrecho cuello. Con sumo cuidado, retiré el tapón y olisqueé el contenido.

–¡Oh! –Complacida, me puse una gota en la muñeca y ofrecí el frasco a mi suegra—. ¡Es maravilloso!

–¿Qué aromas percibís? –preguntó el señor Harte con media sonrisa en los labios.

Me acerqué la muñeca a la nariz y volví a inhalar. Con los ojos cerrados, dejé que la fragancia me transportara al pasado.

–A rosas, esas tan rojas que son casi negras. Y a lavanda. ¿A madreSelva?

–Tenéis buen olfato –elogió.

–Me recuerda... –Me interrumpí, asaltada súbitamente por una tristeza casi insoportable. De repente recordé las caricias de mi madre en el pelo cuando una noche de verano, en el jardín de la casa de nuestra familia en Oxford, me senté en sus rodillas. Ese último verano antes de que ella y mi padre me fueran arrebatados por las fiebres.

–¿A qué os recuerda? –instó el señor Harte.

–A un jardín en verano –contesté—. Un hermoso jardín en verano.

Sonrió.

–Eso me gusta. Esta es mi última fórmula y, hasta ahora, no tenía nombre. La llamaré Jardín de Verano.

La señora Finche se echó una gota en el dorso de la mano.

–Huele divinamente –dijo—. Me gustaría compraros un frasco.

En mi decepción, dejé escapar un hondo suspiro. Quería ese perfume, el perfume de mi jardín en verano, solo para mí.

El señor Harte se inclinó hacia delante en la butaca y apoyó las manos en la empuñadura de plata del bastón.

–Señora, ¿me permitís que os sugiera algo un poco distinto para vos? ¿Tendríais inconveniente en venir a verme a Long Acre, junto a Covent Garden? –Tenía una voz vibrante y persuasiva, semejante al hidromiel–. Para una mujer de vuestra sofisticación, aconsejaría Flor de la India o quizá Promesa de Oriente. Dos damas de la misma casa deben ponerse perfumes distintos, ¿no os parece?

La señora Finche dejó el frasco de Jardín de Verano en mi mano extendida.

–¿Long Acre, decís? ¿No será por casualidad la Casa del Perfume?

El señor Harte asintió.

–¿La conocéis?

La señora Finche abrió mucho sus ojos de color azul claro.

–¿Qué dama que se precie no la conoce? Vuestros perfumes y pomadas están en los tocadores de los *boudoirs* más elegantes de la ciudad.

–¿Os espero, pues, en la Casa del Perfume? –preguntó el señor Harte.

–Será un placer. –El señor Harte había arrancado a la señora Finche una sonrisa de satisfacción propia de una niña.

Se puso en pie.

–Hasta entonces, estimada señora. –Volviéndose hacia mí, dijo–: ¿Seríais tan amable de acompañarme a la puerta?

Se agarró a mí, su mano en mi brazo ligera como una pluma, y lo guié escalera abajo. Abrí la puerta de la calle y el calor y el sol irrumpieron en el umbrío vestíbulo con la misma sutileza que la bocanada del horno de una forja.

–Gracias por vuestro regalo –dije a la vez que contemplaba el cabello del señor Harte, tan espeso y dorado como un campo de trigo maduro a la luz del sol.

Me agarró la mano como si fuera a besarla, pero de pronto me la volvió hacia arriba y olfateó delicadamente mi muñeca. Sentí ascender por mi brazo un inquietante estremecimiento.

–Jardín de Verano complementa el aroma natural de vuestra piel. –Esbozó una sonrisa de complicidad–. Y entiendo

perfectamente que preferáis no compartirlo con vuestra suegra.

–¿Es eso egoísta por mi parte?

–Ni mucho menos. –Se puso el sombrero–. ¿Se os ha pasado ya la jaqueca?

Me eché a reír.

–Despertasteis mi curiosidad. ¿Cómo sabíais que tenía jaqueca?

–Soy perfumero, señora Finche –respondió con una sonrisa–. Entre las damas, el aceite de lavanda es uno de los remedios preferidos para la jaqueca. Y percibí algo en vuestra voz que indicaba que os dolía algo. Poneos Jardín de Verano todos los días mientras caiga este sol de justicia y la lavanda de la fórmula mantendrá a raya las jaquecas.

–Eso haré.

Tras una inclinación, se volvió para marcharse.

–¡Tened cuidado! –advertí–. Hay peldaños...

–Tres. –Localizó el escalón superior con el bastón–. ¿Sigue ahí el perro?

–No, se ha ido. Suele volver por la noche. Creo que la criada le da sobras de la cocina.

El señor Harte bajó por los escalones sin percances.

–Que tengáis un buen día, señora Finche.

Esta vez supe que no debía ofrecerme a guiarlo.

–Gracias otra vez por el perfume. Me proporcionará un gran placer, sobre todo mientras haga semejante calor en la ciudad y nos invadan estos olores nocivos.

–Esperad un poco a que se evapore la nota de salida más intensa y entonces oleos de nuevo la muñeca –sugirió–. Puede que os llevéis una sorpresa. –Volvió a ponerse el sombrero, se despidió con otra inclinación de cabeza y partió.

Intrigada por cómo conseguía un ciego vestir con tanto estilo, lo observé alejarse por la calle. ¿Tenía acaso una esposa que se enorgullecía de que su marido fuera siempre de punta en blanco?

Esa noche Robert llegó temprano a casa.

—Ya está todo resuelto —anunció en la cena—. He llegado a un acuerdo para alquilar la casa de Mincing Lane durante un año.

Me levanté de la mesa de un salto para abrazarlo.

—¡Gracias, gracias, Robert!

—Por lo visto, has hecho muy feliz a tu mujer, hijo mío —dijo el señor Finche, y alcanzó la botella de vino—. ¡Un brindis! ¡Por vuestra nueva casa!

Aturdida de felicidad, bebí el vino demasiado deprisa y me atraganté. Robert me dio unas palmadas en la espalda, y cuando pasó el revuelo, vi que brillantes lágrimas empañaban los ojos de la señora Finche y, pensando en mi propia felicidad, me compadecí de ella.

Tendiendo el brazo por encima de la mesa, le agarré la mano.

—Mincing Lane está a pocas calles de aquí. Robert y yo os invitaremos a menudo a cenar y estaré encantada de recibir vuestros consejos para la decoración de la casa. —Eso último era una mentira descarada, pero lo dije por lo triste que se la veía.

La señora Finche exhaló un profundo suspiro y me dio un apretón en la mano.

—Desde que mi hija me abandonó, Robert es lo único que me queda.

—Pero veréis a Robert siempre que gustéis.

No había mala intención en la señora Finche, sino solo un poco de vanidad y la renuencia a dejar marchar a su hijo.

Volvió a suspirar, y sentí alivio cuando Bessie entró a recoger los platos y trajo el vino dulce y los albaricoques confitados.